

Apostasía

Escrita por Sergio Weizenegger



Reservados algunos derechos

Se permite la copia y modificación siempre y cuando se mencione al autor.
Las versiones derivadas sólo podrán distribuirse bajo las mismas condiciones.

Año 2006

I

Un día ocurrió. Simplemente ocurrió, sin aviso alguno. Era el año 2012, 21 de Diciembre de 2012. En el monte Sinaí, el cielo se abrió. Permaneció así, abierto. No había palabras para explicar su “apertura”, pero las cámaras de Israel y los países árabes lo retrataron lo suficientemente bien como para que todo el mundo entendiera lo “abierto” que estaba.

Y bajó Dios. Un hombre, aparentemente de 40 años, quizás un poco menos. Blanco, pero no pálido, no se podría decir si caucásico, semita, camita o lo que sea. Obviamente desnudo. ¿Para qué querría Dios ropa? Él habló, y todos escuchaban porque su voz era infinitamente más fuerte que la de un ser humano. Se oía claramente en la base de la montaña.

Y dijo en hebreo estas palabras, las cuales nunca las voy a olvidar:

“A lo largo de la historia ustedes cometieron infinitos errores. Han adorado a dioses falsos, aún hoy lo hacen. Yo soy Yahvé, el único dios. No Buda, ni Krishna, ni ningún otro. Han usado mi nombre en vano, para matarse unos a otros. Han roto mis 10 mandamientos. Envié a mi hijo a la Tierra, y lo mataron. Siguen esperando a un mesías después de matar al mesías. Crearon esta aberración que llaman Estado. Me negaron en nombre de su maldita ciencia. Crearon naciones con distintas banderas e idiomas y las creyeron más poderosas que yo. Trataron de destruir al Pueblo Elegido, y el Pueblo Elegido destruyó a otros pueblos que también creé yo, pueblos hermanos. Todo en mi nombre. Pecaron una y otra vez. Y como si no les bastara con todo eso, luego de que les otorgara la Tierra para que la dominasen e hicieran con ella lo que les plazca, van a otros mundos, mundos que no heredaron, y los reclaman como propios. Desde la torre de Babel que no ví semejante soberbia.”

Nos dimos cuenta de que no le gustó para nada la conquista de Marte, realizada por la Agencia Espacial Europea. Que clavaran sobre suelo rojo la bandera azul de la Unión Europea fue el disparador que hizo que Dios venga a la Tierra, y no precisamente para traer la salvación. Sabíamos que estábamos fregados.

Los ríos de Oriente Medio se volvieron de sangre, y otras cagadas que ya todos conocen... era obvio que comenzaba el Apocalipsis. Fue bastante chistoso para mí, ya que yo era ateo. Y después de ver a Dios en la televisión, y darme cuenta de que era un cretino todopoderoso, decidí seguir siendo ateo. O sea, ¿Por qué iba yo a creer en un ser que se esconde durante miles de años, juzga a la gente según sus valores arbitrarios y luego los destruye usando sus poderes infinitos? Qué va, me pareció una mierda de dios.

La mayoría, en cambio, se arrepintieron de sus “pecados” y se pusieron a rezar llorando. Yo no creo que hay que arrepentirse de lo que uno hizo si estaba seguro de lo que hizo. Fue patético ver a budistas convertirse al Cristianismo, o gays arrepintiéndose de ser gays. Me dió mucha bronca. Lo peor de todo es que no les sirvió de nada arrepentirse. Dios ya había tomado una decisión.

II

Ese mismo día apareció el primero. Una especie de caballero medieval sobre un caballo rojo. El caballo volaba, pero fuera de eso no parecía nada del otro mundo. Nos dimos cuenta de que era la guerra, el primer jinete. Mierda que

nos dimos cuenta. Tenía el poder de controlar y dirigir nuestras bombas inteligentes, sistemas de misiles guiados y bombarderos no tripulados. Los satélites militares, GPS y radares eran incapaces de mostrar la ubicación de nuestras más sofisticadas armas. Y todos nos preguntamos para qué las habíamos creado...

Sólo atacaron a las grandes ciudades. Londres, Nueva York, Washington, París, Berlín, Munich, Los Angeles, Shangai, Tokio, Miami, San Pablo, Rio de Janeiro, Tel Aviv, Sydney, Milán, Buenos Aires, etc. Las armas nucleares eran bastante efectivas. Las explosiones y ondas expansivas mataron a unos dos mil millones, calculo, otros cuantos millones muertos luego por las lluvias radiactivas. Yo entonces estaba viviendo con mi familia en las sierras de Córdoba, un poco lejos de la masacre. El jinete pasó de largo la Argentina, luego de destruir la capital y Rosario. Eventualmente, se acabaron los misiles y los aviones se quedaron sin combustible. Sobreviví, quizás respirando más radón de lo recomendable. El primer jinete, entonces, se fue.

En esos días yo pensaba que no podía simplemente quedarme esperando a que me cayera una bomba en la cabeza. No iba a dejar que el Dios que hasta hacía una semana no existía me destruyera a mí y a mis hijos porque no le gustaba nuestra manera de vivir.

Habían algunos idiotas que esperaban formar parte de los 144000, supuestamente sólo 144000 personas se salvarían del genocidio. Me parecía una estupidez enorme no sólo por el porcentaje ínfimo que representaba sobre los 8000000000 de habitantes que había antes de que llegue Dios, sino porque el mismo Dios dijo que iba a destruir a toda la especie. Nunca mencionó que alguien se salvaría, por bueno, justo o creyente que fuera. Todos moriríamos.

Conocí por un amigo al otro grupo. El grupo era la Unión Humana. Ellos no esperaban ser salvados por Dios. De hecho, la Unión no esperaba nada de Dios. Ellos querían salvarse por sí mismos. Y la idea me gustó; porque concordaba con lo que yo siempre había pensado. Yo confiaba en el potencial de la humanidad. Y no me gustaba para nada la forma en la que Dios se había revelado.

Me mudé a la ciudad de Merlo, en donde había una base de la Unión. Cuando llegué vi dos cosas que me sorprendieron, que las había imaginado pero igualmente me sorprendieron. Una de ellas era la cantidad de baterías antiaéreas que rodeaban la ciudad. Realmente la Unión se había tomado la lucha contra Dios muy en serio. Iban a enfrentarse a él. Y lo que ví después me sorprendió aún mas. En las afueras de la ciudad descansaba, incrustado en el piso, un avión autopiloteado. Los humanos lo habían derribado, y el jinete de la guerra no hizo nada. Dios no hizo nada. Y pensé ¿Es omnisciente? De chico me enseñaron que sí, pero... si lo fuera hubiera enviado otro avión, un misil o lo que sea. Existían limitaciones al poder de Dios, y la Unión enfrentaba a Dios en base a esas limitaciones. Era una lucha desigual, pero posible. ¿Realmente se podía vencer a Dios?

La respuesta me la dió quien menos hubiera esperado. Un ex-sacerdote me dijo "si Dios fuera omnipotente como nos hicieron creer siempre, no necesitaría bombas para matarnos; podría matarnos con sólo pensarlo. O su poder es muy limitado, o en sus planes hay lugar para algo más que el exterminio".

Lo pensé bastante. Tal vez Dios quería ser vencido o al menos combatido de alguna forma. Así como dejó morir a su propio hijo y encarnación, tal vez no juegue todas sus cartas en esta guerra. O mejor aún, su poder tiene un límite, y por lo tanto su conocimiento y supuesta eternidad. Esta segunda teoría me

gustaba más. Un Dios mortal, que ignoraba ciertas cosas y no podía con todo. Eso explicaba por qué no destruía una ciudad que estaba oculta entre las montañas: estaba oculta también a los ojos de Dios. También explicaba su inacción por milenios.

Esta teoría era la que creían todos los miembros de la Unión Humana. Que Dios no era eterno, y podía ser destruido. Quienes más lo creían eran quienes siempre negaron su existencia, los científicos. Y si alguien podría encontrar una forma de acabar con Dios eran ellos.

III

Me alegré bastante de haber sacado a mis hijos Daniel y Estefanía de la casa en las sierras cordobesas. Una semana después del primer jinete apareció el segundo. Éste montaba un caballo negro, y se llamaba hambre. Lo que hacía era simplemente pasearse por el planeta. Todos los territorios sobre los que volaba eran afectados en kilómetros a la redonda. Todo cultivo alimenticio se marchitaba en segundos, y el ganado moría en forma instantánea. La carne que dejaban era inútil, era como si una de esas bacterias comecarne destruyeran los tejidos. Se pudrían instantáneamente. Sólo las reservas ya cosechadas o en conserva quedaban para ser consumidas. Todo un problema... habían miles de millones viviendo en zonas rurales que se habían salvado de la guerra, pero el desabastecimiento los diezmaría.

La Unión sabía que el hambre llegaría, por eso habían instalado silos con granos y carne congelada en frigoríficos. Ahora, había que racionalizar las porciones. Adelgacé algunos kilos en esa semana, lo cual no me vino mal. Tenía contactos en zonas alejadas de los grandes centros de población, y ellos me decían en sus mails que la estaban pasando mal. Lo primero que se les acabó era la leche, luego la carne. Sólo quedaba arroz y otros cereales. A los cinco días de la hambruna, ninguno de mis contactos me envió nada más. Habían muerto de hambre. Qué muerte de mierda.

Uno de los organizadores de la Unión me comentó que habían cientos de centros de la Unión Humana alrededor del mundo. Muchos de ellos eran simplemente campamentos enormes. Otros eran ciudades tomadas como ésta. Y habían tres centros "especiales" a prueba de todo. El más importante estaba en Rusia, otro en México y el tercero en Sudáfrica. Me dijo que eran verdaderas fortificaciones, aptos para millones de personas, con servicios y cosas que nosotros en nuestra ciudad de combate no podíamos siquiera soñar. Y dijo que tendremos que ir al de México en algunos días, que la ciudad puntana no nos daría refugio por más tiempo. En ese momento no entendí por qué. Aún así seguían llegando refugiados a Merlo.

Era curioso cómo llegaban. En las puertas de la ciudad, los improvisados guardias confiscaban a los recién llegados todo elemento religioso: biblias, rosarios, crucifijos, kipás, etc. Todo debía ser destruido por sus propios dueños. ¿Era iconoclastia? No, había que estar seguro de que nadie nos traicionara. Nadie debía esperar la salvación o el perdón de Dios. Nosotros íbamos a encontrar nuestro camino a la salvación, íbamos a encontrar la forma de sobrevivir al apocalipsis sin la ayuda del dios genocida que quería matarnos.

IV

Luego de festejar el año nuevo, llegaron los aviones de la Fuerza Aérea, y otros de la aviación civil (aunque la mayoría habían sido destruidos por el primer jinete). Me explicaron que los jinetes venían cada 7 días, el plan de Dios para destruir al mundo en 28 días exactos; el próximo jinete sería la peste. Cabalgaría sobre un caballo verde o amarillento, esparciendo por todo el globo enfermedades. La ciudad argentina no estaba preparada para contrarrestar los gérmenes.

No se podían transportar ningún tipo de posesiones, sólo gente. No había lugar para equipaje. Fue difícil deshacerme de mis recuerdos, pero sobre todo de mi notebook. Daniel lo entendía, pero Estefanía a los 4 años no. De todos modos los organizadores ni siquiera intentaron sacarle a Estefi su muñeco de Barney.

El viaje no tuvo escala, pero duró 9 horas. Fue aburrido. La flota aterrizó en un lugar semidesértico, fue un aterrizaje rudo. De todos modos, los aviones no volverían a ser utilizados. Estábamos en el oeste, en el golfo de California. No sé por qué, pero cuando me dijeron México yo pensaba en el Caribe. Tuvimos que viajar apelotonados en camiones militares hasta el lugar. La "base" era una completísima ciudad-fortaleza. No podía creerlo cuando bajé del camión. Era lo más inmenso que había visto en mi vida, con capacidad para unas 5 millones de personas. Creo que había entre tres y cuatro millones, y que nosotros, los argentinos y uruguayos, éramos los últimos. No vendría nadie más. La base tenía un inmenso domo de acero y vidrio que la aislaba del aire exterior, y el aire interno se reciclaba. Eso era, obviamente, para que no entren los gérmenes. La ciudad tenía dos partes, una especie de acrópolis sobre tierra, armada hasta los dientes, y bajo tierra todo el complejo de viviendas. En el centro de la ciudad ví varias estructuras, la más imponente de ellas un gigantesco cañón o algo así. Algo muy futurista.

La verdad no me podía quejar. Sacando el tema de que no había propiedad privada, estaba satisfecho. Todas nuestras necesidades eran tenidas en cuenta, ya sea alimenticias, higiénicas o lo que sea. Después de pasar hambre en Merlo, esto era el paraíso. Me preguntaba qué o quién podría haber construido esta gigantesca ciudad artificial y autosuficiente en el medio de la nada.

Mis preguntas encontraron respuesta en un organizador canadiense, Edward Connor, que era también doctor. *"Todo esto fue construido por las Naciones Unidas hacía dos años. Los mayas habían profetizado que el fin del mundo llegaría en diciembre de 2012 y así fue. Muchos ya nos habíamos preparado para esto. Por eso creamos las tres bases, una para pobladores de América, la de Rusia para Europa y Asia, y otra en Sudáfrica para África y Oceanía. No pensamos que vendría Dios en persona a matarnos, pero sabíamos que iba a ser algo jodido, que podrían haber plagas biológicas y armas radioactivas."*

Y así era. Había gente de todos lados, Estados Unidos, Brasil, Canadá, Chile, etc. Un detalle que me pareció curioso era que los miembros y refugiados de la Unión Humana no estábamos solos. En las afueras del domo de protección había un campamento: "los fieles". Evangelistas y testigos de Jehová mexicanos y estadounidenses, que se pasaban todo el día rezando para pertenecer a los 144000, qué idiotas. Y pensar que no tenían reservas propias y vivían cómo parásitos de lo que nosotros dejábamos.

Y un día llegó el jinete. Los primeros que lo vieron fueron los indonesios. No esparcía múltiples enfermedades, sino una sola. Un nuevo virus desconocido,

que mataba en 48 horas a todo aquel que se infectaba. Y se transmitía por el aire.

Cuando sobrevoló Calcuta, pasó lo que todos los miembros de la Unión esperábamos, la retaliación. Miembros de la Unión Humana le dispararon con misiles al jinete. Muchos misiles. Yo ví una filmación casera del ataque que nos transmitieron. Luego de la lluvia de misiles el jinete quedó envuelto en una nube. Pasaron los minutos, la nube se disipó, y el jinete seguía ahí. Los infectó a todos. Deberían haber viajado a Siberia. Lo raro es que no hubo un contraataque especial, simplemente los infectó como tenía que hacer. Como si a Dios no le molestara que traten de luchar con él.

Estaba repasando el video junto a Edward Connor, y me decía “El jinete es una entidad material, tiene un cuerpo y una vida, ya que está ubicado ahí, lo mismo que el caballo. Pero tiene un campo de fuerza o una mierda así, algo que de alguna manera lo hace invulnerable a las armas convencionales”.

La plaga se propagó por todo el mundo, con el jinete como vector. Y llegó acá, al noroeste de México. Vimos pasar al jinete por sobre el domo, esparciendo la peste. Por supuesto, no nos hizo nada. Pero fui corriendo al oeste de la ciudad a través de la acrópolis, y observé a los fieles. A las pocas horas de la infección, estaban pálidos y sangraban por las narices y los ojos. No sé una mierda de medicina, pero creo que era algo parecido a la fiebre hemorrágica. Era horrible, un proceso de degeneración nunca visto, creo que comparable al ébola en sus cepas más virulentas (a esta altura del relato no tengo idea de lo que estoy escribiendo, pero suena muy bien).

Creo que no se salvó nadie que no estuviese protegido por uno de estos domos. Quizás alguna población rural muy pequeña y aislada... o un ermitaño. Como sea, nadie podría regenerar la especie humana, de ahora en adelante, excepto la Unión. La Unión éramos todos los humanos vivos. Y llegó de parte de uno de los organizadores de la base sudafricana [me fascinan las comunicaciones satelitales] una pregunta inquietante. Realmente trastornada. Dios usó sólo tres jinetes para exterminar a la especie. ¿Para qué era el cuarto? Juan García, el ex-cura católico que conocí en Merlo, hizo otra observación relacionada, llamémoslo respuesta. “Quizás Dios sí sea, en cierta medida, omnisciente. Sabía que se organizaría la Unión Humana, y reservó al último jinete para nosotros. El último jinete se llama muerte, y debe haber sido creado para destruir las tres bases de la Unión. De este modo concluye el plan de Dios para aniquilar a la humanidad”. Mierda. Una explicación que convenció a todos. A mí también.

V

No íbamos a esperar que pasen siete días de la aparición del jinete peste. Había que hacer algo antes. Por suerte teníamos a tres salvadores entre nosotros, y no hablo de esos estúpidos salvadores mesiánicos que siempre me asquearon. En nuestra base habían muchos científicos, entre ellos se destacaban tres que eran además organizadores. Helen Green, Kim Yong y Vladislav Kolmakov. Este último hablaba mucho conmigo y con el doctor Connor. El asunto es que yo soy muy curioso y para nada miedoso, así que mientras los otros refugiados lloraban en sus habitaciones yo me paseaba por la ciudad artificial charlando con organizadores y científicos. Y me explicaban cosas. Perdí lo poco que me quedaba de miedo cuando mi amigo Vlad me

mostró el cañón bari. Y me explicó qué era esa estructura de aluminio de 16 metros de largo por 7 de diámetro, que se emplazaba en el centro de la ciudad.

“El cañón bari dispara bariones, más precisamente hyperiones lambda, a una velocidad bastante alta para partículas tan pesadas. Estas partículas poseen una energía que...”

La verdad, no puedo reproducir el resto. Una explicación tan técnica que no se entendía nada, pero que luego concluyó con un “destruye campos de fuerza electromagnéticos”. OK, suficiente. Pero había un problema: el cañón bari tardaba 80 segundos en producir, cargar y energizar las partículas para una sola ráfaga. Si bien estaba montado sobre una plataforma rotativa y articulada, era lento y difícil para ser maniobrado. Consumiría la energía eléctrica de toda la base, y lo peor de todo, no había sido probado. Probarlo antes hubiera significado perforar el domo.

Sólo una persona podía operar la máquina, y era James Wilkinson, el vaquero más rápido del oeste yanqui, que según él mismo, “podía disparar cualquier cosa”, y nunca fallaba. Me pareció soberbio, pero en algo había que creer.

Los rusos también tenían otra. En Sudáfrica no la terminaron. Tuvieron problemas... nunca supe qué fue lo que les pasó exactamente.

De todos modos, cuando llegó la hora, el cuarto jinete se apareció en la tundra siberiana. Todos lo veíamos en nuestras pantallas en vivo y en directo: muerte era pálido y rubio, y montaba un caballo blanco. Asustaba.

Vimos cómo le dispararon con el cañón bari... y fallaron. Un sólo tiro. Una sola oportunidad, y fallaron. Bueno, como decía Tusam, “puede fallar”. Fue lo último que vimos de ellos. Supongo que la base entera explotó, porque las cámaras quedaron sin señal.

Muerte no pasó por el hemisferio sur. Vino directamente hacia acá. Cuando llegó, derritió parte del domo de protección como en la madre Rusia, y lo atravesó volando. Ya había visto a un jinete, peste, pero ése no me asustaba.

En una maniobra distractiva, para darle más tiempo al señor cowboy, le disparamos a la muerte con todo nuestro arsenal de armas convencionales. Cuando el cañón estuvo cargado, el energúmeno no falló. Cumplió su puta promesa. El disparo le dió al jinete, y simplemente cayó. El jinete y su caballo cayeron por separado al piso. Yo los ví en el piso, y parecían dos cadáveres comunes. El bombardeo de partículas pesadas de alta energía no dañó el cuerpo, pero lo mató. Era como envenenar a una cucaracha con el insecticida. El cuerpo parece intacto, pero sin vida. El caballo volador también murió.

Y le pregunté a los que rodeaban el cadáver ¿Qué hará Dios ahora que matamos a su último jinete? A pregunta pelotuda, corresponde respuesta obvia. Vendría Dios en persona a matarnos.

VI

Yo sugerí que le disparáramos con el cañón bari a Dios. Kim Yong me respondió que Dios no era un ser material como el jinete. No tenía una ubicación específica, y lo que se veía era sólo una imagen proyectada por Dios de sí mismo, una representación visual de su ser. Dios estaba en todos lados.

Los científicos, organizadores, Connor y yo fuimos a la torre. Nunca había estado en la torre, sólo los científicos iban ahí. Desde la torre se veía toda la ciudad, y me explicaron algo que siempre quise saber. Siempre me pregunté

qué era ese anillo de acero que rodeaba varios edificios de la acrópolis.

Helen me dijo *“Hace 15 mil millones de años ocurrió el Big Bang.*

Comenzaron a existir el espacio, el tiempo, toda la materia y toda energía en el universo. Parte de esa energía no se degradaba: no cumplía con la segunda ley de la termodinámica. Esta onda electromagnética, o vibración se componía como toda onda de infinitos armónicos, y rebotaba en las paredes del universo (porque el universo es finito) reverberando. Los armónicos, al colisionar con la materia del universo, fueron variando, mutando, por decirlo de alguna manera. Esto permitió que evolucionaran según leyes darwinianas, como toda forma de vida orgánica. Alcanzaron un nivel de complejidad cada vez mayor, hasta alcanzar una inteligencia. Pero a diferencia de nosotros, estos armónicos forman todos parte de una entidad mayor. Llamamos a esta entidad Dios. Dios es, por decirlo de alguna manera, una especie de vibración u onda electromagnética que resuena en todas partes del espacio. Si pudiéramos crear una vibración similar a la de su base (o armónico principal), pero de sentido y polaridad inversos (lo que traduzco como fase) anularía a la primera. A esta contraarrestación la llamamos Deicidio”. O sea, ellos también pensaron en matar a Dios. Era notorio, es la primer explicación de la naturaleza de Dios que me convence, quizás porque venga de una científica.

“El anillo se llama Th.O.R.: Thermonuclear Orion Ring (a esta altura me pregunto ¿Por qué Orión?) y es un reactor nuclear circular capaz de crear un campo electromagnético alterno y rotativo, más fuerte que ninguna otra cosa que se haya visto antes. Cada uno de esos 60 segmentos es una gran barra de uranio enriquecido. Se fisioan todos a la vez creando un plasma de energía prácticamente infinita, que al cambiar continuamente de fase en algún momento va a coincidir en forma negativa con la energía de Dios. Entonces, Dios dejará de existir”. Suena simple, pero ¿Cómo se usa? Simplemente había que apretar un gran botón rojo. Obvio. Como todo reactor nuclear (o por lo menos en un capítulo de spiderman era así).

Sobre el golfo de California el cielo se abrió. Dios se materializó y bajó a través del domo perforado. Al igual que en el monte Sinaí, quedó levitando a varios metros del suelo. Y habló, dando un nuevo sermón. Todos salieron de sus escondites para ver y escuchar a Dios.

“Mataron a mi enviado. ¿Tan grande es su soberbia? Ustedes, que se hacen llamar Unión Humana, ¿De dónde creen que provienen? Yo los creé, y yo voy a destruirlos. No se trata de lo que ustedes quieran, crean o decidan. Para terminar con su pecado y purificar mi mundo debo...”

No iba a esperar a que termine de decir su mierda y nos mate. Al igual que James Wilkinson, yo también tenía una oportunidad, y un botón rojo frente a mí. Dios podría detener los servomecanismos, o incluso evitar la fisión de los núcleos de uranio. Pero no podría evitar que yo lo desafíe. Así que apreté el botón. Y Dios se calló.

Los servomecanismos se activaron, armando el reactor. Las barras de uranio se cargaron en los reactores, donde supongo habrán sido bombardeadas por otras partículas para formar una reacción en cadena... lo que sea. No sé por qué, pero me imaginé que el anillo iba a girar sobre su eje. Estaba estático, pero todo lo que fuera de metal voló hacia al anillo.

Todos los que estaban en la torre me miraban sorprendidos. Th.O.R. no había sido probado jamás. Nadie sabía realmente qué pasaría. Entonces hubo una extraña distorsión, ya que el tiempo dió la impresión de discurrir más lentamente. Digo la impresión, ya que si el tiempo corriera más lento, no lo notaríamos ¿No? OK, lo que importa es que parecía cámara lenta, y sólo había

silencio. Ví a Dios, y estaba tan atónito como nosotros. Daba la impresión que Él no sabía qué le pasaba. Se escuchó un grito, sí, Dios gritó, y pude ver como las partículas aparentes que lo formaban se disgregaban cada una por su lado. Dios desapareció. El combustible nuclear se agotó, y el campo electromagnético se detuvo. El cielo volvió a cerrarse.

VII

Pasaron cinco años de los hechos, y aunque todos conocen la historia me pareció útil dar mi propia versión. Yo, Gustavo Márquez, maté a Dios. Sé que este texto lo van a leer los chicos en las escuelas, por eso lo escribo. Aunque acabé con el apocalipsis, quizás por error, le dí lo que todos llaman “la segunda oportunidad a la humanidad”. No me considero un héroe. No me gustan los héroes, ni siquiera James Wilkinson. Simplemente hice lo que cualquier otro en mi situación haría: apretar el botón rojo y matar a ese ególatra.

El mundo es ahora mucho mejor. Nos libramos (todos) de la tiranía de Dios y de a poco vamos reconstruyendo lo que las bombas destruyeron. Vamos a tardar siglos en repoblar el planeta, y aún así muchas zonas seguirán desiertas. Nos salvamos 3.810.000 personas en América y 2.970.000 en África. Ya no hay más nacionalidades ni religiones. Tampoco hay armas. El mundo está en paz.

Vivo con mis dos hijos y mi nueva esposa en México. Acapulco es hermoso, así que decidí quedarme acá. Además, la antigua base me trae buenos recuerdos. En este momento espero otro hijo. Como ya todos saben, al haber heredado las riquezas del mundo los 7 millones de personas que vivimos no necesitamos trabajar. Me dedico a cultivar una huerta y a pintar cuadros.

Esta nueva era nos propone nuevos desafíos y grandes satisfacciones. Pero hay algo que debemos tener en cuenta. Ya no dependemos de un dios, sino de nosotros mismos. Nuestro destino está en nuestras manos. Lo que hagamos de ahora en más, será nuestra responsabilidad.

Fin.